Prejuicios malos para el bienestar

JORDI SEVILLA

EL MUNDO, MERCADOS, 13.06.10

A menudo, somos víctimas de prejuicios que resultan dañinos para nuestro bienestar. También en política económica. Algunos proceden de los restos del naufragio de viejas ideologías y otros de la repetición obsesiva de cosas que, tal vez, fueron útiles en algún momento pero que ahora, en otro contexto, perjudican más que ayudan.

Esta reflexión viene a cuento de lo que está ocurriendo en Europa y de la brecha abierta con Estados Unidos respecto a la política económica a hacer en estas horas difíciles. En contra de lo que pueda suponerse cuando los economistas bromeamos respecto a la capacidad predictiva de nuestro saber, tampoco sobre el pasado nos ponemos de acuerdo. Así, la crisis de 1929 todavía no tiene una interpretación aceptada por toda la profesión. Sin embargo, hay algo en lo que la mayoría coincide: una de las razones que amplificó la depresión a todo el mundo y durante varios años, fue el empeño de algunos países en seguir aferrados al patrón oro por razones que tenían que ver con la historia, con la incomprensión sobre lo que estaba pasando o con prejuicios respecto al funcionamiento de las cosas.

La idea equivocada de mantener la paridad fija de las monedas en medio del temporal condujo a políticas económicas restrictivas que agudizaron la depresión. Al menos hasta que, en 1931, Inglaterra lo abandonó, bajo el consejo de Keynes y con no pocas dudas, iniciando la larga marcha de salida del mismo por el resto de países. Las ideas, a veces, se transforman en actos. Y las malas, en actos dañinos.

Existen hoy tres prejuicios en Europa no basados en postulados aceptados por todos, que, en las condiciones actuales, pueden perjudicarnos más que otra cosa: la obsesión por limitar el déficit público, la pasividad ante los mercados financieros y los recortes en la acción pública.

Mantener, contra viento y marea, el compromiso de alcanzar un déficit público del 3% del PIB no más tarde de 2013 obliga a aplicar políticas de recortes en el gasto público y de subidas de impuestos poco acordes con las necesidades de una economía con recuperación frágil como la europea.

Lo dice el Fondo Monetario y no la Internacional Socialista. Y, ¿por qué hay que hacerlo? No digo limitar el crecimiento del déficit o establecer una tendencia a la baja en los próximos años, que es correcto, sino ¿por qué el 3%, por qué en 2013 y por qué todos a la vez sin diferenciar entre déficit estructural y coyuntural? No hay una respuesta científica para justificar ninguna de las tres cuestiones, y cumplirlo sacrificará bienestar y empleo de manera innecesaria por culpa de un prejuicio. ¿Cómo puede hacerse la misma política presupuestaria en Alemania, con la recuperación ya iniciada, que en España, todavía con crecimiento negativo? ¿De verdad quebrarían los mercados financieros si decidimos alcanzar esa cifra mágica de Maastricht dos o tres años más tarde, con planes fiables para conseguirlo basados en fomentar el empleo más que en cinturones apretados?

En Estados Unidos, que actúa como la gran potencia que es, los mayores volúmenes de déficit públicos se consiguieron con presidentes muy

conservadores: Reagan y Bush Jr, mientras el objetivo del crecimiento económico articula el conjunto de sus políticas económicas, incluyendo la monetaria en manos de la Reserva Federal.

Europa, por su parte, lo hace como un conjunto timorato de países, dominados por los fantasmas históricos alemanes y sin acabar de creerse la fuerza de su Unión ni adaptarse a las exigencias de la misma. Y estos prejuicios determinan sus políticas y explican su peor desempeño económico.

La manera que tiene Europa de reaccionar ante los mercados financieros internacionales, basada en prejuicios, también está resultando perjudicial. Mientras EEUU muestra la superioridad de la política democrática abriendo investigaciones parlamentarias y judiciales sobre la responsabilidad de los gestores de entidades financieras privadas en la crisis, Europa está obsesionada por censurar a sus gestores públicos. Obama ya ha presentado su reforma de los mercados financieros mientras que aquí vamos aplazando las propuestas, permitiendo que Alemania actúe de manera unilateral en asuntos importantes.

Nos cuesta asumir que, en esta crisis, los llamados mercados financieros internacionales, que nada tienen que ver con mercados ni con sistemas financieros regulados, han sido responsables directos, por lo que tenemos la obligación moral y práctica de reformarlos en lugar de aceptar como inevitable el estar en sus manos. ¿Cómo es posible que las agencias de rating no se hayan visto afectadas después de lo que hicieron con Lehman? ¿Por qué a los inventores de esos productos derivados altamente especulativos, opacos y, a veces, engañosos, les

concedemos el poder de decidir nuestra política presupuestaria? ¿Por qué mantenemos los paraísos fiscales?

No estoy proponiendo un programa de actuaciones más radical que el aplicado por el Gobierno de EEUU. Pero el bloqueo europeo ante la especulación perjudicial nos sitúa por detrás, no ya de aquella refundación del capitalismo a la que llamó Sarkozy al comienzo de todo esto, sino incluso de medidas razonables como las propuestas por el FMI. Nuestros prejuicios ante los mercados financieros están mermando de manera significativa nuestro bienestar e, incluso, la soberanía política europea percibida. En economía no todo vale, y es bueno que también los mercados financieros, que nos han conducido a esta crisis, lo sepan.

El tercer prejuicio desacredita lo público, de manera sistemática, en base a una supuesta superioridad de lo privado, cuando sin el activismo del Estado nuestra democracia sería de peor calidad, nuestra sociedad más injusta y nuestro sistema financiero hubiera quebrado en esta crisis, y con él, todos nosotros. Por tanto, recuperemos el viejo principio socialdemócrata: tanto mercado como sea posible, tanto Estado como sea necesario.

La política económica europea, para mantener el bienestar colectivo, tiene que cambiar los recortes y bloqueos hechos desde los prejuicios por reformas que modifiquen aspectos importantes del sistema. No hacerlo abrirá el abanico de desigualdades sociales y territoriales hasta extremos incompatibles con cualquier proyecto solidario común. De eso estamos hablando.